

EL HOMBRE FRENTE A LA HISTORIA

Mercedes Terrén

La Historia suscita, a todo espectador que la interroga reflexivamente, un conjunto de trascendentales problemas, los cuales sintéticamente se pueden enunciar así: ¿cuál es el principio y el fin de la Historia? ¿de dónde viene y adónde se encamina la humanidad? ¿Cuáles son las fuerzas generales y constantes que la conducen a su fin?

El hombre, "ser histórico", por estar provisoriamente medido por "el tiempo" —dimensión existencial de los cuerpos— y, a la vez, espíritu, "ser inmortal", por sus operaciones y tendencias, se ve impelido al enfrentar las incógnitas históricas a buscarles soluciones ciertas, claras, radicales, y no sofisticadas, vagas o superficiales, pues, de ellas depende su "conducta temporal", que es el instrumento para alcanzar su forma de existencia eterna.

Siendo así esencial al ser humano, como sujeto del "tiempo" y de la "eternidad", desentrañar "el sentido de la Historia" las tentativas por alcanzarlo se remontan hasta los orígenes de la humanidad y son, desde entonces hasta hoy, las múltiples concepciones formuladas, explícita o al menos implícitamente, las que determinan las valoraciones, las acciones, "las misiones históricas" de los individuos, de los estados y de las civilizaciones.

Ni la Antigüedad gentil, ni la civilización clásica greco-latina, germen del pensamiento occidental, consiguieron dar una verdadera interpretación de la Historia; tampoco lo lograron el hombre renacentista y el de la época de la Ilustración con sus teorías "naturalista" e "idealista", y finalmente también resultaron ineficaces las visiones formuladas en los siglos XIX y XX por el "materialismo histórico" y por la escuela "historicista".

Respecto al problema de la "racionalidad" o "irracionalidad" de la Historia se han expresado diversas y distónicas soluciones. Esquemáticamente las podemos reducir a tres.

El "irracionalismo" o "atomismo histórico" afirma la tesis: la Historia es una serie de sin sentidos, de acontecimientos incomprensibles. En consecuencia, el accionar del hombre en el tiempo es igual al ciego devenir de los seres inferiores y, por tanto, es un absurdo buscar una

idea en él mismo, un sentido universal y espiritual, una inteligencia dirigente en la conquista de nuevos valores. Entre los diversos sistemas filosóficos que conducen a tan angustiosa concepción, es el más peculiar el "materialismo metafísico". El monismo materialista reduce toda la realidad a simple materia y rechaza la existencia de todo otro valor; según él no existe sitio para el espíritu en el hombre, como tampoco existe lugar en el universo para Dios. La moderna filosofía "existencialista" de tipo "ateo", también da una desoladora visión; al afirmar el sin sentido del "existir" humano y su "nada", concluye que la Historia es una plena paradoja.

Enfrentando esta interpretación "irracionalista" encontramos la que proclama la total "racionalidad" de la Historia. El "panlogismo histórico" es la antítesis del monismo materialista y del existencialismo ateo. Es la moderna filosofía "idealista" particularmente de tipo "hegeliano" la que sostiene esta visión, al declarar que todos los hechos históricos son claros, lógicos, necesarios como un progreso dialéctico.

Estas dos posiciones extremas y antagónicas tienen su parte de verdad y su lado de error. La Historia no puede concebirse como danza macabra y caótica de "hombres-átomos", como "absoluta irracionalidad", porque existe el bien, la santidad, el heroísmo, la nobleza, la verdad, la belleza, el amor, y la Historia no puede tampoco concebirse como "pura racionalidad", porque existe el mal, el error, la ignorancia, el dolor, la fealdad y el odio.

La filosofía perenne, que sumerge sus raíces hasta el pensamiento griego, que alcanza su apogeo con el reflexionar de los Doctores y Padres Cristianos y que hoy, con extraordinario dinamismo, se nutre purificando aportes de modernas corrientes filosóficas con una fuerza de asimilación y cribación inagotables, presenta una adecuada y elevada concepción de la Historia.

Afirma, como verdad fundamental, que dos seres son esenciales para comprenderla: Dios y el hombre. A quienes, esquemáticamente, concibe de la siguiente manera: a Dios, como Ser Eterno, Personal, Creador e Infinito en infinitas perfecciones, y al hombre como ser individual y limitado, compuesto de cuerpo y alma espiritual, libre e inmortal, dotado de inteligencia y voluntad.

Ahora bien, entre Dios Creador y su criatura el hombre, existe —según ella— una original relación resultante de su Providencia y Gobierno, según la cual, el ser humano, siendo libre, elige constantemente, en cada acción de su vida, sus fines particulares y posee los medios necesarios para conseguirlos; pero, por otro lado, Dios con su Infinito Poder y Sabiduría, además de intervenir en la causalidad de las mismas acciones libres humanas, dirige los efectos de ellas hacia sus propios fines más generales. Aceptar la Providencia no significa, de ningún

modo, que se atribuya todo el acontecer a Dios negando la actuación humana, ni tampoco significa que se le atribuya todo al hombre negando la acción divina, sino que se sostiene que Dios y el hombre tienen su particular área de actividad: el hombre, la libertad de sus actos, y Dios Creador, el gobierno y conservación de su obra —el Cosmos y el hombre—. La filosofía tradicional, al meditar sobre “los fines” hacia los cuales Dios orienta la Historia, afirma que estando la criatura humana dotada de “alma inmortal” Dios ha puesto su mirada más en el mundo escatológico, donde las almas vivirán eternamente, que en este mundo sensible y transitorio, donde el hombre habita como protagonista viajero. No agotándose, por consiguiente, la vida humana en este escenario terreno no hemos de sorprendernos si en él ha de vivir el hombre horas amargas, pues, además del “dolor” inherente a la humana naturaleza por estar dotada de “inteligencia” y al mismo tiempo ser “limitada”, puede barruntarse el “dolor”, entre los fines de la Divina Providencia, como instrumento de purificación, de superación, de reparación y de merecimiento. Y así como existe el dolor, puede existir algo que es más horrible y que es el “pecado”, por cuanto la posibilidad de pecar surge de la “libertad metafísica” que el hombre posee. Justamente es el “mal moral” la acción que el hombre debe evitar en su vida histórica, si quiere alcanzar su vida eterna. Dios, atento espectador del obrar humano en el tiempo, desea su absoluta responsabilidad en su determinarse por el bien o por el mal. La Historia es, en consecuencia, el escenario moral donde el hombre juega su papel y según lo interprete será juzgado y compensado o castigado en la eternidad.

De lo expuesto se sigue que para la filosofía clásica la vida histórica es un entretenerse de actos realizados por seres humanos “libres y limitados” y por tanto con potencialidad para cometer el “mal”. La Historia puede de esta manera encerrar errores, vilezas, injusticias, decadencias individuales y sociales, y también abarcar el “dolor”, consecuencia del entrecruce de seres “limitados”. Entra, por tanto, en ella la “irracionalidad”. Pero, a la vez, siendo los hombres “seres razonables”, las acciones humanas presentan, con harta frecuencia, plena “racionalidad” y pueden los hechos históricos unirse entre sí según nexos ideales hasta construir verdaderas series colectivas de deseos y de realizaciones bajo el rectorado de las ideas. Si desde el punto de vista humano encontramos repetidamente “racionalidad” en la Historia, desde el punto de vista de Dios, infinitamente Sabio y Poderoso, que gobierna el Universo y guía al hombre hacia fines sublimes, la más “plena inteligibilidad” ilumina la totalidad del devenir humano y es desde esta doble perspectiva, Divina y humana, como se justifica la presencia de la “inteligibilidad” en la Historia.

La postura filosófica histórica, someramente expuesta, es integral

y no parcial como las anteriores, plétórica de posibilidades; lo demuestra al admitir sin violentarse todo lo que el curso histórico arrastra de “racionalidad” e “irracionalidad”.

Al analizar las consecuencias éticas de estas visiones, encontramos que mientras el “irracionalismo”, con su absoluto y lacerante pesimismo, conduce a la humanidad a la desesperación, al nihilismo, abandonándola a envilecerse en sus peores instintos y es por ello absolutamente reprochable, lo es más aún el “racionalismo” que, con su pleno y luminoso optimismo, le hace aceptar el “hecho consumado”, sea éste verdadero o erróneo, bueno o malo, justo o injusto, no sólo pasivamente sino con gozoso entusiasmo, pues llega a relativizar el bien y el mal —como si no fuera perenne verdad que el bien es algo real y absoluto que está frente al mal, que es también algo real y absoluto con respecto a lo humano— y, de esta manera, conduce a la humanidad a degradarse alegremente en sus más bajos apetitos. La conducta moral que inspira la filosofía tradicional, con su optimismo limitado, es de decisión frente a las acciones que dependen de la libre actividad del hombre y de tranquilidad frente a los acontecimientos que sobrepasan su capacidad limitada, pues sabe que Dios Providente guía la Historia hacia sus fines supratemporales.

Si es verdad plena que el hombre con las solas fuerzas de su entendimiento puede dar solución a numerosos problemas que su existir le plantea, es también cierto que frente a otros no encuentra respuesta adecuada y es entonces cuando comprende con certeza su finitud, los límites de su capacidad, y concluye que la contestación satisfactoria para los mismos y pacificadora para su espíritu aguijoneado por la incógnita, debe venir del “más allá”. El fin de toda verdadera filosofía es aseverar que el hombre puede y debe creer. Es necesario dar el gran paso dialéctico de la razón a la Fe, de la Filosofía a la Teología.

La Revelación Divina a la humanidad, conservada infaliblemente por la Iglesia Católica, ilumina el cuadro histórico con resplandores insospechados a la pequeña y limitada razón humana que sólo consigue esparcir sobre el mismo, tenue luz. Por la magnitud del orden de realidad que ella enseña nos limitaremos a señalarlo brevemente.

Dios, Creador del Universo, creó al hombre dotándolo de “libre albedrío; por esta facultad de su alma llegó a ser “sujeto de la historia” y a la vez el “sentido de la misma”, pero también por el mal uso que hizo de ella llegó a ser “sujeto de pecado” y de esta manera autor del sentido trágico de la Historia. La obertura del drama histórico lo hallamos en el Capítulo III del Génesis: es el pecado del primer hombre, origen físico de la humanidad, y el castigo impuesto por el Creador. Pero allí también encontramos a Cristo, Redentor de la tragedia de culpa en que cayó el hombre histórico, quien se constituye desde entonces en constante com-



pañero del hombre por los escarpados senderos de la Historia: antes de su Encarnación como esperanza en el Mesías prometido por Dios a Adán, y luego de su Advenimiento, como "Camino, Verdad y Vida" para llevarlo al fin por El señalado, o sea la comunión con Dios. Por eso la Historia florece en Jesús, por Quien el Logos Eterno, Personal y Absoluto penetró en el tiempo y la Eternidad entró en la Historia y cuya Persona, Vida y Doctrina dan el "sentido" y la "misión" de la Historia. Jesucristo señala con claridad al hombre su fin escatológico, que es el mismo para toda la humanidad, ya que ella es una misma cosa en su primer padre Adán. El fin último intrínseco consistirá en el eterno conocimiento de Dios, no mediatamente, sino intuitivamente, será la comunión directa e inmediata entre el entendimiento humano sobrenaturalmente elevado y Dios. Pero para alcanzarlo, el hombre debe cumplir un fin inmediato, debe buscar su propia santificación. Perfección que el hombre alcanzará si con todas sus fuerzas y potencias, corporales y espirituales, vivificadas por la gracia de Cristo, se entrega a realizar por los caminos de la Historia, los valores absolutos de la Ley Evangélica.

Cristo trajo a la humanidad la "buena nueva" del arribo del Reino de Dios, que es la participación e imitación de la Vida Divina y Trinitaria no sólo en el hombre individual, sino también en la sociedad, que es la comunión de la vida humana, personal y colectiva, con la Santísima Trinidad. San Pablo, en su Epístola a los Romanos 14, 17 dice magistralmente: "Que no consiste el Reino de Dios en el comer, ni en el beber, sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo".

El Reino de Dios se va desarrollando e integrando en el "tiempo" a través de la Iglesia Católica, Cuerpo Místico de Cristo, cuya Alma, el Espíritu Santificador, derrama y aplica amorosamente las gracias del Redentor.

Todos los hombres, pueblos, ciudadanos, gobernantes, asociaciones, gremios, instituciones, Estados, movimientos filosóficos, científicos, artísticos, políticos y sociales, que buscan con recto y decidido afán conocer la verdad, realizar el bien, practicar la justicia, plasmar la belleza, trabajan por edificar el Reino de Dios, porque sus afanes son afanes por conocer a Dios que es Verdad, Bien, Justicia y Belleza Absoluta y por esto son vivificados por el Espíritu Santo y pertenecen así también, de derecho, a la Iglesia. De lo expuesto se sigue que solamente construyen el Reino de Dios los miembros del Cuerpo Místico que están en estado de gracia santificante, y los que no perteneciendo visiblemente a la Iglesia pertenecen a Ella de manera imperceptible por el deseo de conocer a Dios y por consiguiente a su Iglesia.

En la construcción del Reino Divino intervienen habitantes del Reino de los Cielos: los Angeles. Estos potentes y activos seres sobrehumanos, de naturaleza absolutamente espiritual, ayudan a los hombres a conse-

guir la más difícil de las victorias humanas, es decir, la victoria sobre sí mismo, sobre sus malas inclinaciones y, también, a combatir todo lo que se oponga a la instauración de la Ciudad de Dios.

Asimismo influyen en la Historia seres humanos que habiendo abandonado este mundo en estado de gracia fueron admitidos a gozar de Dios en el Reino de la Gloria, ya que con sus oraciones pueden socorrer a sus hermanos que batallan en la tierra, así como éstos pueden auxiliar a las almas que están transitoriamente en el Purgatorio, donde deben purificarse. Y, finalmente y sobre todo, interviene Dios en la Historia por medio de la gracia ya sea santificante que hace al hombre hijo adoptivo de Dios y heredero del Cielo, ya sea por las gracias actuales destinadas a ayudar al hombre a realizar el bien y retraerse del mal; así como por los carismas que, sin favorecer directamente al sujeto que los recibe, están destinados a beneficiar a la sociedad cristiana. Es de esta manera como la Eternidad obra en el tiempo para hacer germinar su propio Reino.

La sola existencia de este Reino limita y a su vez condena todo lo que sea Reino de pecado, de impiedad, de rebeldía contra Dios y de empeño por sustituirlo, en el que trabajan no sólo los hombres que odian a Dios, sino también personajes extrahumanos, poderosos y diligentes, que también son enemigos de Dios: los demonios.

La Historia se presenta según la luz que proyecta el poderoso reflector de la Fe como una vasta escena en la cual intervienen múltiples actores, a saber: Dios Trino, los Angeles, los Demonios, los Santos del Cielo y los hombres libres, donde cada uno cumple su misión, los unos buscando el Reino de Dios, los otros el Reino de Satanás, Reinos que están en continua lucha, la cual terminará cuando Dios Trino, que a la vez es atento Espectador del mismo, juzgue haberse realizado íntegramente sus planes providenciales según la idea que tuvo Su Mente Creadora cuando pronunció aquellas palabras "Hagamos al hombre", conforme a la actividad Redentora que tuvo su Verbo Encarnado y de acuerdo a la actividad Santificadora que tuvo su Espíritu Santo.

La lucha entre los dos Reinos se resolverá con el triunfo final del Reino de Dios; entonces acaecerá la Resurrección de la carne. El cuerpo humano destruido irá a reunirse con el alma ya juzgada, pues Dios quiere que en los eternos siglos viva el hombre todo entero y que su cuerpo, instrumento en el tiempo de combates, de triunfos y también, quizá, de derrotas, sea en la eternidad compañero inmortal del alma en el gozo del Cielo o en el tormento del infierno.

El Juicio Final será el epílogo de la Historia. Cristo Redentor vencedor del pecado, de la concupiscencia, del dolor y de la muerte se constituirá en Juez de la Historia; entonces el drama histórico que durante el tiempo encerró para el ser racional y limitado "racionalidad" e "irra-

cionalidad" se hará "plenamente racional". Dios develará todos los secretos indescifrables de la Historia, y el ser humano quedará atónito de muchas de sus pueriles valoraciones. Comprenderá que todas las acciones humanas por pequeñas y escondidas que hubieren sido, eran importantes para el "más allá", que ningún hecho del accionar del hombre en el tiempo carecía de significación como instrumento para la eternidad, y comprenderá, también, que personajes y acciones loados en la Historia eran verdaderas manchas de la humanidad. Es que mientras el historiador humano juzga el acontecer más desde un punto de vista natural que sobrenatural, el Historiador Infinito lo hace desde un punto de vista sobrenatural; mientras aquél es de inteligencia limitada y le es difícil desentrañar las causas absolutas de los hechos que consigna: batallas, triunfos, derrotas, gobiernos, revoluciones, legisladores, sabios, tiranos, héroes, enfermedades, epidemias, descubrimientos geográficos y científicos, Este, que es Infinitamente Sabio y Poderoso, registra: las responsabilidades de los gobernantes y los gobernados en las guerras internacionales y en las luchas sociales, las intenciones nobles o viles en los movimientos culturales y políticos, la fe, la esperanza, el amor a la Providencia de los virtuosos en los momentos adversos y agradables de la vida, y la rebeldía, el desprecio, el olvido de la misma por los malvados en sus horas afortunadas o desgraciadas.

Es interesante recalcar frente a modernos errores filosófico-históricos los siguientes aspectos de esta visión teológica:

I. — Afirma el *monogenismo de la humanidad*, su misma naturaleza y su mismo fin o sea la *unidad del género humano* y por lo tanto el *unitarismo del proceso histórico*; lo proclama hasta tal grado que por el magnífico y consolador dogma de la Comunión de los Santos lo establece no sólo entre los hijos de Dios que recorren el estadio terreno, sino también con los que habitan el "más allá".

II. — Señala al "tiempo", que es irreversible, como hijo de la Eternidad y de qué manera la humanidad debe alcanzar durante su transcurso su fin último común, y por consiguiente que *la Historia no se repite y sigue una sola y misma dirección*.

III. — Sostiene que en la Historia hay para el ser humano, razonable y limitado, "racionalidad" e "irracionalidad" como establecía la filosofía perenne, pero a diferencia de ella, que sólo entreveía el sentido del "dolor" entre los fines de la Divina Providencia, revela su pleno significado.

IV. — Manifiesta como verdad de fe la Resurrección de la carne y por tanto la más alta glorificación del aspecto material humano frente a los espiritualismos absolutos (angelismos), negadores del cuerpo al que tratan como algo despreciable y frente también a los mismos materialistas que por cierto no pueden prometer al cuerpo humano una vida eterna.

V. — Instruye a la humanidad sobre la verdadera diferencia que se debe tener en cuenta en la historia al mostrarle la única división eterna que Jesucristo hará de los hombres el día del Juicio final, a saber entre los hijos de Dios, divinizados por la gracia y los enemigos de Dios, esclavos del demonio.

VI. — Finalmente y sobre todo declara que es Cristo quien da a la Historia su "sentido" y su "misión".

El ser humano que adopte esta recta concepción filosófico-teológica de la historia comprende que si bien no es "dios" como lo pretenden las equivocadas tendencias filosóficas nacidas en el siglo XVI aún subsistentes, tampoco es "nada" como lo sostiene el moderno existencialismo ateo, pero que si lo quiere puede ser hijo de Dios y su heredero.

El hombre de fe, consciente de su alta dignidad de hijo de Dios, no se angustia, no se desespera, no se atormenta frente a la Historia y frente al futuro que están en manos de su Padre Celestial y se lanza decididamente, con esperanza y amor, a realizar en su ambiente histórico, "aquí" y "ahora", el Reino de Dios, a buscar los valores suprahistóricos, ultra-temporales, es decir, los valores eternos cumpliendo con lo mandado por Jesús: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura. No os preocupéis, pues, por el día de mañana; que el día de mañana se preocupará de sí mismo; bástale al día su propio afán" (San Mateo, Cap. 6; 33, 34).